

TRIBUNA

La firma | Hay muchos motivos para que el fenómeno del dopaje avance, desde las mafias hasta los intereses económicos que están en juego; pero hay otros que están inmersos en la propia dinámica del espectáculo. Por **Alejandro Lucea**

A golpe de pedal

BERNARD Hinault, el campeón francés, lo explicó bien al término del Tour de 1998: "Hay burros que quieren ser caballos de carreras". En un mundo tan comercializado como el de la alta competición no hay más héroe que el que gana. Esto obliga a un esfuerzo máximo por estar en condiciones de competir, de superar la marca, de llegar más lejos, de vencer. Se trata de rebasar los límites de la resistencia del ser humano y convertir a los atletas en máquinas más que en personas porque hay muchos intereses en juego. Nadie quiere renunciar al éxito y muchos lo buscan sin importarles el precio.

Mientras esperamos los resultados del contraanálisis que se hará el día 21 de noviembre, el positivo de Roberto Heras en la Vuelta a España ha avivado el debate sobre el dopaje.

En el ciclismo hay una especial sensibilidad hacia este tema porque la lista de bajas ha sido numerosa. No están muy lejanos los desgraciados casos de Pantani y del español José María Jiménez. El primer golpe de atención se remonta a junio de 1967, cuando en el Mont Ventoux moría Tom Simpson, vencido por una mezcla fatal de anfetaminas y calor.

En España la muerte sorprendió a López Carril y a Hernández Úbeda antes de los cuarenta años por infartos y a José Manuel Fuentes por problemas hepáticos.

Muchos ciclistas jóvenes han muerto fuera de la carretera y siempre se ha sospechado que las sustancias que tomaban estaban detrás de estos fallecimientos. Hay un estudio que recoge que una veintena de ciclistas holandeses murieron por problemas cardíacos desde 1990.

En el ciclismo español ha habido recientemente extraños casos como el de Ángel Casero que ganó la Vuelta 2001 y nunca volvió a hacer nada destacado. La Vuelta 2002 fue para Aitor González que, sin ser un escalador, hizo una exhibición en la montaña y desapareció hasta el pasado mayo en que se impuso en la Vuelta a Suiza. Santi Pérez mostraba las mejores maneras y una gran forma, había sido segundo en la Vuelta, cuando en 2004 dio un positivo que le descabalgó de la bicicleta.

El debate es viejo: ¿hay que sacrificar la salud por los resultados?, ¿vale todo? Evidentemente, no. Las secuelas del dopaje son estremecedoras, pero hay excesiva hipocresía en su manejo. Se tiende a mirar con lupa al deportista, pero es muy difícil de entender que éste por sí solo se dope. Detrás tiene que haber un médico y detrás de éste un proveedor y posiblemente un manager. Si cuando se da un positivo se pusiera en evidencia quiénes han sido los inductores, las medidas correctoras serían mucho más eficaces. Hay demasiada gente que mira hacia otro lado.

Manuel Piñera, uno de los patronos del Liberty Seguros, el equipo de Heras, declaraba al conocer la noticia del positivo del ciclista: "Esto no tiene solución, hasta que no se castigue duramente al corredor, al equipo mé-

dico, al director, al manager y hasta al consejero delegado de los equipos, no iremos a ninguna parte".

Hay muchos motivos para que el fenómeno del dopaje avance, desde las mafias hasta los intereses económicos que estén en juego, el mercado negro de medicamentos, los que se lucran de la salud de los demás; pero hay otros que están inmersos en la propia dinámica del espectáculo.

El deporte de elite es un negocio inmenso en el que no están sólo implicados los deportistas sino también las marcas comerciales, las empresas, los dirigentes y el público que reclama emociones. Las nuevas hazañas, la capacidad para asombrar, son fundamentales para vender.

La pregunta hay que insertarla en dónde están los límites del cuerpo humano, hasta cuando es posible seguir superando récords. Las exigencias de la competición han llevado a muchos al uso de sustancias dopantes.

De héroe a villano sólo hay un paso, superar los controles o, para algunos, consumir sustancias todavía no detectables en los análisis clínicos.

Es un problema para la salud pública, no sólo para los deportistas implicados sino también para el gran público. En Estados Unidos los expertos opinan que medio millón de adolescentes recurren a productos de dopaje imitando a las estrellas profesionales.

En España el primer intento serio de atajar esa lacra ha sido el nuevo proyecto de ley aprobado recientemente en el Consejo de Ministros, que nos acercará a la legislación ya en vigor en Francia y en Italia. No es una batalla fácil. Hasta ahora los tramposos han ido por delante.

"La pregunta hay que insertarla en dónde están los límites del cuerpo humano, hasta cuando es posible seguir superando récords"